

Daniel Martner

Prof. de Ciencias Económicas
en la Universidad de Chile.

Spengler en la concepción de la historia de la cultura y de los progresos de la técnica en la vida económica

SUMARIO:—La formación de la ciencia histórica.—El materialismo biológico.—El materialismo económico.—La concepción positivista.—La concepción expresionista.—*La Decadencia de Occidente*.—La divergencia entre la concepción de Spengler y la de la mayoría de los más grandes historiadores.—El relativismo histórico.—El sentido económico.—*El hombre y la técnica*.—El centro de gravedad de la producción.—La técnica y la crisis del trabajo.

Spengler, el célebre pensador alemán, rompe en su obra sobre *La Decadencia de Occidente* con la concepción científica tradicional de la historia.

Para la mejor comprensión de sus ideas fundamentales, que encierran una profunda filosofía de la historia y que son luminosas en sumo grado, creemos indispensable echar ante todo una mirada retrospectiva a la formación de esta ciencia y a las principales concepciones de la historia en el presente, lo que haremos en el menor espacio que nos sea posible.

En la Antigüedad el concepto histórico se restringía al hecho en sí mismo, y se llamaba la atención, más que todo, a la forma externa y a la belleza de la narración. El contenido es bastante ingenuo, a través de nuestra mirada, como se deja ver en el padre mismo de la historia, en Heródoto; hay mucha superstición y escasa o nula investigación. Un paso superior en este terreno hay, sin embargo, en Tucídides, en la etapa de la pragmática, en cuanto ofrece a la posteridad una representación del pasado que sirva de lección en el futuro.

En la Edad Media la historia no deja ver progresos notables. Casi siempre es narrativa, con descripción de hechos no sometidos a crítica; sólo de vez en cuando aparece el examen de las condiciones psicológicas del protagonista. A la investigación científica llegó la historia recién en el Humanismo, en

que se crearon cátedras del ramo y en que se publicaron, con la invención de la imprenta, documentos históricos importantes, que habían permanecido ignorados para los hombres de estudio.

En los Tiempos Modernos se pone ya empeño en justificar los hechos dentro de las circunstancias que los rodean y en coordinarlos en sucesión de causa y efecto, elevando el saber histórico a la categoría de una ciencia.

Comienza la etapa de la historia genética, debida a la formación del concepto de la unidad de la humanidad, por los siglos XVIII y XIX, concepto que se armoniza en los principios de la causalidad y de la coordinación, características de la ciencia. La conciencia de que los diferentes hechos de los hombres están en íntima y mutua relación causal se formó, sin embargo, lentamente: no siempre se vió claro que los momentos económicos ejerciesen influencia sobre los momentos políticos y éstos sobre los sociales y vice-versa, como los momentos espirituales sobre los económicos; no siempre se vió claro que el desarrollo de una ciencia trae consigo el desarrollo de la otra, o que las actividades del hombre tienen conexión con las condiciones climatéricas, orográficas, hidrográficas, de estructura del terreno, etc., etc. Sólo cuando fué posible hacer estudios comparativos en los diversos dominios de las ciencias, de las artes y de las letras, pudo formarse la historia de la cultura humana.

Ejemplo de un concepto progresista de la historia dan ahora, en Italia César Cantú con su *Historia Universal*, de la segunda mitad del siglo pasado; en Francia Hipólito Taine con *Los Orígenes de la Francia Contemporánea*, igualmente en la segunda mitad del siglo pasado; en Inglaterra Tomás Macaulay con su *Historia de Inglaterra*, a mediados del siglo XIX; en los Estados Unidos Guillermo Prescott y en Alemania Niebuhr Mommsen y Ranke. Niebuhr consideró a Roma como un Estado cuyas instituciones políticas, jurídicas y económicas debían investigarse detenidamente en sus orígenes y en sus evoluciones posteriores, aplicando el análisis filológico de los documentos, para llegar a conclusiones de interés científico en el terreno de la sociología. Mommsen se identifica con los personajes, para sentir la influencia de sus pasiones y de sus luchas y tomar partido resueltamente por la democracia; concluye por encontrar analogía de la civilización romana con la moderna, con lo cual no hace otra cosa que reconocer la unidad de la Humanidad. Ranke busca el valor de los estudios históricos en la

investigación de las fuentes auténticas, con espíritu crítico basado en el examen de los documentos; son tantas las exigencias que este historiador, reconocido como el más perspicaz en el siglo pasado en Alemania, pone en los estudios históricos, que se hace difícil concebir un espíritu más conocedor de los secretos de la naturaleza y más comprensivo de las funciones de los fenómenos que en ella se desarrollan, como del corazón y de la inteligencia del hombre.

* * *

Ahora bien, a la concepción predominantemente metafísica que tenía la historia en la Antigüedad y abiertamente religiosa de la Edad Media, siguió un fenómeno de concentración ideológica en tiempos del Renacimiento, en que se reunieron las ideas matrices de las ciencias del espíritu, de las ciencias de la naturaleza y de la sociología en general, y dieron vida al reconocimiento del mundo como una relación unisona y armónica de causas y efectos naturales. En forma violenta se dejó sentir esta evolución espiritual en los tiempos de la Revolución Francesa, en que, junto con rechazar el orden social absolutista que reinaba y volver los ojos hacia la libertad, igualdad y fraternidad, consideradas como un derecho dado por la naturaleza, se estimó justo reconocer el imperio de esa concepción del mundo como relación armónica de causas y efectos naturales en el desarrollo de la humanidad, apareciendo entonces el curso de la historia sujeto a leyes de ese carácter.

Para la mejor comprensión de Spengler, es preciso tener presente esta relación armónica de los fenómenos sociales, pues él se aparta por entero de este punto de vista, presentando, así, un panorama original y trascendental.

En la concepción moderna de la historia de la humanidad hay que distinguir cuatro corrientes principales: la del materialismo biológico, la del materialismo económico, la concepción positivista y la concepción expresionista de la historia.

a) La concepción del materialismo biológico está constituida sobre la base de la aplicación de la teoría de la evolución, de Darwin, al desarrollo del hombre en la sociedad y en el Estado, con sus conceptos y leyes fundamentales, con la lucha por la existencia, con la selección natural y sexual, con la herencia y adaptación. Con Darwin y Spencer pasan las leyes

biológicas del desarrollo de la naturaleza a la historia de la humanidad, y la ciencia histórica penetra en el terreno de las ciencias naturales. Según Spencer, todo ser viviente tiene que adaptarse, para conformarse a la vida, a su medio ambiente, que para la humanidad es el Universo: de acuerdo con esto, Historia es la ciencia de las etapas sucesivas de esta adaptación.

b) La concepción del materialismo económico se ha formado bajo la dirección del pensamiento de que la fuerza que determina de modo fundamental todo proceso de la vida del hombre, que crea todas las relaciones y dirige todos los acontecimientos en el Estado y en la sociedad, nace de hechos de naturaleza material, de relaciones de producción, en la forma que fué concebida por Marx y Engels, esto es, atendiendo al modo cómo los hombres, con las materias existentes en la naturaleza y los medios de producción, llegan a apropiarse de lo necesario para satisfacer sus necesidades, y atribuyendo a tales funciones de carácter económico la creación de los valores de naturaleza inmaterial, como el pensamiento, las creencias, la política, en una palabra la cultura entera. Toda la historia, según esta concepción, gira alrededor de factores de orden económico; la ciencia histórica tiene siempre como tarea básica inquirir los supremos fundamentos de los acontecimientos, para llegar a descubrir la realidad de la vida.

c) La concepción positivista de la historia, surgida de la filosofía de Augusto Comte, empieza por afirmar que de los fenómenos sobrenaturales nada positivo puede saberse, porque las especulaciones abstractas de la filosofía no nos ofrecen un conocimiento de la realidad, y llega a la conclusión de que tenemos que limitarnos a observar los hechos reales en sí mismos y conocer su naturaleza y las leyes por que se rigen, con ayuda de métodos científicos exactos. El espíritu humano ha pasado en su desarrollo por diversas etapas, según Comte, y la evolución se manifiesta no sólo en el terreno del conocimiento, sino en todas las relaciones sociales de la época respectiva, de lo cual se deduce que el desarrollo histórico cultural se determina por elementos psicológico-sociales y que sus leyes se establecen con el método comparativo de la historia; sólo así se llega, según Comte, al conocimiento de las leyes generales del desarrollo de los acontecimientos de la humanidad. Esas etapas son tres: en la primera domina el aspecto teológico del pensamiento, en virtud del cual los acontecimientos que rodean al hombre obedecen a causas sobrenaturales; en la se-

gunda domina el aspecto abstracto metafísico, en virtud del cual los hechos reales se explican por ideas, caracteres, etc.; en la tercera domina el aspecto positivista, pero no todavía en todas las ramas del saber: estamos sólo saliendo del dominio de la metafísica y penetrando al del positivismo, dice Comte, porque mientras no nos incorporemos en la ciencia de la sociedad humana (la sociología), a que pertenece la historia, no habremos pasado el umbral de la puerta que conduce a la verdadera etapa positivista.

d) La concepción expresionista va tras la representación de un contenido puramente espiritual, en que la historia aparece como una masa de acontecimientos fortuitos, sin mayor conexión; es una cuestión sólo de sentimientos el creer en el sentido de la historia, el obtener alguna experiencia de ella; Th. Lessing dice en 1919 que no hay medio de fijar los hechos reales. No hay duda que esta concepción de la historia encuentra sus raíces en pensamientos como el de Lotze (*Microcosmus*, 1856), en que, junto con constatar una aspiración creciente hacia un ideal común de existencia humana, eleva los impulsos íntimos del hombre, en su contacto con la naturaleza y las relaciones sociales existentes en una época determinada, a la categoría de hechos independientes de la vida histórica.

Gran resonancia ha tenido en los últimos años la concepción histórica de Spengler, que es claramente expresionista. Al hacer un estudio de su libro, reconoceremos que él encierra una filosofía general de la historia y un «comentario de la gran época» en que apareció (1917 a 1922), y trata de predecir la historia, sentando una nueva filosofía, la filosofía del porvenir, en cuanto pueda surgir del terreno metafísicamente agotado del Occidente, llegando a la idea de «un mundo como historia», que, en contraposición a la morfología de la naturaleza, comprenda todas las formas y los movimientos del Universo en su significación más profunda, aunque no como cuadro total de lo conocido, sino de la vida; no de lo que ha sido, sino de lo que va a ser.

Spengler estima que la idea de considerar al mundo como historia en contraposición al mundo como naturaleza, constituye de por sí un nuevo aspecto de la existencia del hombre. El no toma los acontecimientos de carácter político y espiritual que aparecen a la luz del día para ordenarlos en sucesión de causa y efecto y examinarlos en sus tendencias: tal tratamiento pragmático de la historia, dice, no sería otra cosa que

un fragmento de ciencia natural disfrazada. No se trata de lo que los hechos comprensibles de la historia, como manifestaciones de un tiempo, sean, sino de lo que significan en su presentación.

Los historiadores del presente, hace notar, consideran como algo secundario o supérfluo el referirse a particularidades de carácter religioso, artístico, etc., en sus afanes de ilustrar el sentido político de una época. Olvidan con ello lo que es de importancia transcendental, porque la historia es expresión, es signo y es alma formada. Dice no haber encontrado a ninguno que se ocupe seriamente en el estudio del parentesco morfológico que existe en el lenguaje de las formas en todos los dominios de la cultura; ninguno que haya examinado en conciencia la significación de las matemáticas de los griegos, de los árabes, de los indios o de los pobladores de la Europa occidental; ninguno que haya necesitado en el sentido de la ornamentación primitiva, de las formas arquitectónicas, metafísicas, dramáticas y líricas fundamentales, o la orientación de sus artes con su técnica artística y la selección del material, al menos en su importancia esencial dentro de los problemas de forma de lo que es histórico.

Hasta los hechos más parcos toman en la política un carácter simbólico y metafísico, según Spengler. Se cree hacer investigación histórica, dice, cuando se busca la relación objetiva de causa y efecto, sin parar mientes en que esto emana sólo de un saber de orden natural o matemático. Naturaleza es la forma bajo la cual el hombre de elevada cultura da unidad y significación a las impresiones inmediatas de los sentidos. Historia es la forma que trata de comprender, con su fuerza de imaginación, la existencia viva del mundo, con relación a la vida propia, concediendo a ésta el pedestal de una realidad superior.

Spengler se pregunta: ¿para qué es la historia? y se contesta: «para cada cual», en cuanto cada hombre es miembro de la historia con toda su existencia. Pero esto no quiere decir que la vida de alguien se extienda a través de siglos y siglos, o que, por el contrario, sea algo cerrado. Para Spengler no debe despreciarse en la concepción de la historia el reconocimiento del hecho de que hay culturas compuestas de espíritus ahistóricos. Lo que el griego llamó cosmos, dice, era la imagen de ese mundo que no llegó a ser, sino que era. La maestría de Tucídides se basa, según él, en el legítimo poder de convivir

acontecimientos del presente comprendidos por sí mismos; le faltó la mirada sobre la historia del pasado, y cree que ese historiador habría fracasado en sus temas si hubiese pretendido hacerlo, porque la seguridad de la mirada se pierde luego que en el pasado tropieza con fuerzas que le son desconocidas. Basta pensar, anota Spengler, que Tucídides ya en la primera página de su libro dice que antes de su tiempo (año 400) no habían ocurrido en el mundo acontecimientos de importancia. Mommsen, observa este filósofo, ha formulado con claridad el punto de vista del europeo actual, al llamar a los historiadores romanos «gente que dice lo que debe callarse y calla lo que debe decirse». La conciencia de los indios era tan desposeída de historia, que ni siquiera se daba importancia al año de elaboración de un trabajo intelectual: la masa informe de las producciones no dejaba vislumbrar el menor concepto del valor espiritual del individuo o del desarrollo del pensamiento de la época.

En cambio, los egipcios aparecen con cualidades históricas eminentemente desarrolladas al concebir el pasado y el futuro como un mundo completo y siendo su cultura una «encarnación de la preocupación del devenir y del pasado», como se revela en la elección del granito y el basalto para los monumentos de duración eterna, en la preparación de momias, etc. Pero en los tiempos históricos anteriores a Solón, en Grecia, nada se encuentra: ni fechas ni nombres; ningún gran griego ha estampado el recuerdo de lo que haya sobrepasado la época en que aparecían puestos sus ojos.

Para nosotros, según Spengler, historia universal es panorama nuestro, no de la humanidad; es una representación ordenada del pasado, un postulado interno, la expresión de un sentimiento.

Antigüedad, Edad Media y Edad Moderna constituyen, para Spengler, «un esquema sin sentido», indigno de ser creído, que limita la extensión de la historia y su sitio de contemplación. Dice que el historiador está encadenado por el prejuicio de la geografía, la que a una parte de la Tierra acepta como Europa, por lo cual el hombre se siente obligado a pensar en un límite respecto al Asia. La palabra Europa debe borrarse de la historia, pues no hay europeo como tipo histórico.

Spengler da el nombre de sistema «ptolemaico» de la historia al esquema del europeo occidental de hoy, «en que las viejas culturas trazan a nuestro alrededor su camino como si

ocupásemos el punto céntrico de todo acontecimiento mundial». Considera como acontecimiento «copernicano» de la historia al que en su obra aparezca un sistema en que la Antigüedad y el Occidente, junto con la India, la Babilonia, la China, el Egipto, la Arabia y México tienen una situación de ausencia de predominio cultural. La humanidad es un concepto zoológico, dice Spengler, y si no, una palabra hueca. «Hoy pensamos en partes de la Tierra y sólo los filósofos e historiadores no lo han aprendido todavía».

Cuando Platón habla de la humanidad, sólo piensa en los helenos en contraposición a los bárbaros, y esto corresponde por completo, agrega, al estilo ahistórico de la vida. Pero cuando Kant filosofa sobre ideales éticos, sus aseveraciones rigen para los hombres de todos los tiempos; en su Estética no formula el principio del arte de Fidias (autor de la Venus de Milo), o de Rembrandt, pero sí del arte en general, partiendo de la base de las formas del pensamiento occidental. Esto es lo que falta al pensador de occidente: la comprensión del carácter histórico de los acontecimientos, que son la expresión de una existencia única.

Recordando a Goethe, dice que lo que el poeta llamó Naturaleza Viva es exactamente lo que se llama Historia Universal.

El problema de la actual civilización es la decadencia de Occidente. Cada cultura tiene su civilización. La civilización es el destino inevitable de una cultura. La civilización constituye el término de la historia: sigue a lo que llega a ser como lo que ha sido, a la vida como la muerte, al desarrollo como la estagnación, al país y a la infancia espiritual como al cosmopolitismo y la vejez espiritual petrificados. Las civilizaciones son el fin irrevocable, pero siempre alcanzado de nuevo. La civilización pura, como proceso histórico, es para él un desenvolvimiento escalonado de formas anorgánicas que fenecen. El paso de la cultura a la civilización se realiza en la Antigüedad en el siglo IV, en el Occidente en el siglo XIX. Desde entonces, afirma, las grandes decisiones espirituales no caen ya en el mundo entero, en que en definitiva ninguna aldea es completamente insignificante, sino en tres o cuatro ciudades universales, que han acaparado el contenido de la historia en sí y frente a las cuales el panorama completo de una cultura desciende al rango de la provincia, que, por su parte, no tiene

sino que alimentar a las ciudades universales con los restos de una vieja humanidad.

«¿Qué es la política civilizada de mañana, en contraposición a la política cultivada de ayer? En la Antigüedad, retórica; en el Occidente, periodismo, al servicio de aquella abstracción representada por el poder de la civilización, el dinero». A los romanos, agrega, se puede entender sólo hablando de sus relaciones económicas, porque ya el cesarismo conoció la prominencia del dinero, que estaba en manos de hombres prácticos; sin tal condición, no se podría comprender a César. Así, dice Spengler, cada romano tenía un rasgo de Sancho Panza, y cada griego, uno de Don Quijote.

Spengler ve en el imperialismo el símbolo típico de la partida: imperialismo es pura civilización. En tal fenómeno está irrevocablemente el destino del Occidente. «El hombre cultivado sustenta su energía hacia adentro, pero el civilizado hacia afuera.» De ahí que vea en Cecil Rhodes al primer hombre de nuestro tiempo, del tiempo civilizado. Sus palabras «extensión es todo» contienen la tendencia más legítima de toda civilización moderna; constituyen una abierta concepción napoleónica. La tendencia expansiva, para Spengler, es una fatalidad, algo endemoniado y monstruoso que aprisiona a los hombres de cosmopolitismo para el futuro. Todo esto prepara un devenir en que la historia de Occidente se cerrará definitivamente, como se cerró la del Imperio Romano, hasta ahora jamás identificada. Quien no comprenda que esto no se puede remediar, dice, debe renunciar a comprender la historia, a convivirla, a crearla. «Al nacimiento pertenece la muerte, a la juventud la vejez; el presente es tiempo civilizado, no cultivado». El filósofo sistemático de hoy yerra, según Spengler, pues no toma en cuenta el hecho de que todo pensamiento convive sólo en un mundo histórico dado; el filósofo sistemático cree que el pensamiento antiguo posee un objeto eterno e invariable y que los grandes interrogantes son los mismos en todos los tiempos.

He aquí el punto fundamental de divergencia entre la concepción histórica de Spengler y la de la gran mayoría de los más grandes historiadores y pensadores modernos. Estos últimos establecen unidad y relación en los hechos a través de los siglos, en cambio Spengler reconoce culturas y civilizaciones cerradas, sin vínculo histórico.

Para Spengler no hay verdades eternas en materia de

historia; cada filósofo es la expresión de un solo tiempo, y no existen dos tiempos que hayan revelado las mismas extensiones filosóficas. Un filósofo que no considera esta realidad, dice, no será jamás de primer rango. Llama la atención a que Goethe, como hombre de Estado, encaminó su interés a la construcción del Canal de Suez y al de Panamá, apreciando la importancia económica universal de esas obras. A que Hobbes fué uno de los padres de la idea de adquirir Sud América para Inglaterra. A que Leibnitz tuvo planes políticos gigantescos. «Dar una mirada desde esos pensadores a los de hoy, da vergüenza. ¡Qué pequeñez de personas las de ahora! ¡Qué vulgaridad de horizonte político y práctico! De la perspectiva del pájaro de alto vuelo se ha descendido a la perspectiva del reptil que se arrastra por el suelo. Por las formas bien definidas de un barco rápido, por la hábil disposición de una fábrica de acero, por la construcción de una máquina de precisión, doy todo el baratillo de las artes de hoy; prefiero un acueducto romano a todos los templos y estatuas de hoy; me agradan el Coliseo y las bóvedas del Monte Palatino de Roma, porque con la masa morena de sus construcciones ponen ante nuestros ojos el legítimo arte romano».

Verdad hay, así, sólo con relación a una humanidad determinada. De ahí que la obra de Spengler pueda ser considerada como relativista. Su creación es la expresión de un nuevo panorama del mundo, en que analiza la decadencia de la cultura de Occidente, cultura, por lo demás, repartida por toda la redondez de la Tierra; desenvuelve una morfología de todas las culturas, las cuales, sin apoyarse unas en otras, apareciendo en relación de mutua dependencia, como en la mayoría de los pensadores e historiadores más grandes modernos, se desarrollan como organismos propios, en que cada una atraviesa por una primavera, un verano, un otoño y un invierno en su existencia. La cultura de Occidente está espiritualmente en el otoño de la vida, en decadencia; está frente a su muerte.

El pensador estima, así, que la historia universal está formada por grandes culturas, de diversas naciones, que crecen, maduran y mueren sin dejar relaciones de valor histórico, como crecen, maduran y mueren las plantas y los seres vivientes. Por eso niega rotundamente la influencia decisiva de una cultura sobre otra.

Los pensadores actuales reconocen que la historia de la humanidad carece de sentido si nos colocamos dentro del orden

de consideraciones de Spengler, pues la ciencia del presente parte de la base, en general, de que los hombres aparecen ligados por vínculos de estrecha relación a través de los siglos y de la superficie de la Tierra.

Spengler apoya la decadencia de Occidente en el hecho de dar a todas las culturas una completa identidad morfológica, una regularidad de destino, de modo que la estructura interna de una corresponde a la de otra, similitud sobre la cual se funda para sentar la posibilidad de la reconstrucción de culturas enteras del pasado y prever las fases no transcurridas de la historia; así llega a profetizar la decadencia aludida en un futuro no lejano, en lo cual, sin duda, se contradice.

Spengler critica rudamente a la actual generación de historiadores y filósofos, los cuales, a su vez, le enrostran su desprecio por los hechos. De ahí que algunos lo enrolen en la corriente «expresionista», que, dando importancia fundamental a la «significación» de los fenómenos de la vida, llega a veces a un menoscabo metódico de los hechos.

Para terminar este orden de consideraciones, diremos que, impregnado de la más vasta erudición histórica, sociológica y filosófica, la impresión que produjo el libro de Spengler fué estupenda. La *Decadencia de Occidente* es uno de los libros que se leen con emoción, con interés siempre creciente, pues a cada momento aparecen ante los ojos del lector ilustrado y pensador, luces vivas, vivísimas, que en forma de rayos iluminan su imaginación y abren ruta a nuevas meditaciones.

La obra de Spengler, con el copioso material que contiene en infinitos y variados cuadros de concepción de la vida humana de todos los tiempos y de todos los pueblos, es una creación de filosofía histórica relativista, en que en medio del juego vigorosísimo de ideas y pensamientos que a cada momento da lugar, le es dado exponer todo lo que la imaginación puede concebir en el campo del desenvolvimiento de la vida humana en las distintas épocas. Pero el acopio de ideas originales, nunca pensadas y en extremo atrevidas, le hace aparecer con frecuencia en contradicción.

Spengler, en nuestro concepto, es en sus concepciones espirituales reflejo de la época de activo relativismo científico en que nos encontramos. Se nota bien influenciado por esta nueva base de investigación. En verdad, la idea del desenvolvimiento propio de las diversas culturas que forman la humanidad,

corresponde a la de los diversos campos de gravitación en la teoría de la relatividad.

*
* *

El último libro llegado hasta nosotros de este autor, *El hombre y la técnica*, es un conjunto de pensamientos extraídos por él de la *Decadencia de Occidente*. Empieza por decir que el problema de la técnica, con relación a la cultura, no se plantea hasta comenzar el siglo XIX. Hasta entonces se consideraba al hombre primitivo como un ser virtuoso (como un «corderito» pacífico), echado a perder más tarde por la cultura (aquí alude al punto de vista de Rousseau, que en su *Emilio* estima que el niño nace bueno y que la sociedad lo corrompe).

La técnica llega a plantear ya un problema fundamental con la introducción del vapor y la invención del ferrocarril en la primera mitad del siglo XIX. Antes de eso, «la economía era algo prosaico y tonto, sobre lo cual resbalaba la atención, aún cuando a diario se hacía uso de ello; nombrar a un comerciante junto a un poeta o pensador, era punto menos que delito de lesa majestad cometido para con la cultura. Faltaba a esos hombres el sentido de la realidad, como a los liberales de Inglaterra faltaba el sentido de la profundidad al tener como ideal sólo lo que es útil». Para los liberales el fin de la humanidad consistía, según Spengler, en aliviar al individuo de la mayor cantidad posible de trabajo, cargándola a la máquina.

Pero, la historia «es algo que no toma para nada en cuenta nuestros deseos o esperanzas; ahora importa la mirada de los que conocen a los hombres y conocen la vida». La técnica, sobrepasando los límites que le marca la construcción de máquinas y herramientas, es universal: es la táctica de la vida entera, pues se trata del manejo de aquéllas, no de su creación. «No se trata de las armas, según su expresión, sino de la lucha; el león tiene su técnica para cazar». En el desconocimiento de este concepto de la técnica está, para Spengler, el vacío de la investigación prehistórica, que prescinde de los manejos que debieron existir, para examinar sólo los momentos existentes.

La vida técnica tiene alma; el progreso es aplicación técnica, que crece de día en día. No olvidemos que el nacimiento en el presente o en el pasado, implica la muerte en el futuro. La forma de todo lo real es la transitoriedad, el crearse y el perecer. «Por doquiera, dice, encontramos ruinas de obras de

culturas que han perecido». Las conquistas eternas de la humanidad son, para este pensador, hueca palabrería. «La historia del hombre es breve, de ascenso y descenso, es algo sin importancia en el destino de la Tierra, como es insignificante el destino de nuestro planeta mismo, que describe trayectorias de breves instantes en el espacio infinito».

El hombre es el creador de su táctica vital; aquí está, para Spengler, su grandeza y su fatalidad. La forma interior de su vida creadora la llamamos cultura. El hombre se ha hecho hombre por la mano, que es su arma poderosa, al tomar la herramienta y actuar de acuerdo con su pensamiento. Mano, arma y pensamiento lo hacen creador. El hombre quita a la naturaleza el privilegio de la creación y se declara rebelde contra ella, se desprende de sus vínculos, y a cada nueva creación se pone más hostil a la naturaleza.

Esta, dice Spengler, es su historia universal. Así comienza la tragedia del hombre: la naturaleza es más fuerte y lo somete. Todas las grandes culturas son grandes derrotas. Razas enteras permanecen condenadas a la infelicidad, a la ruina espiritual. La lucha contra la naturaleza es lucha sin esperanza, que el hombre prosigue incansable. «Desde la invención de la máquina, la más astuta de todas las armas contra la naturaleza, los empresarios e inventores posteriores han aplicado a su construcción el máximo de brazos que necesitan. El trabajo de la máquina es realizado por la fuerza inorgánica.

«Pero esto ha tenido por efecto el aumentar la tensión armónica entre directores y dirigidos. Ya no se comprenden unos a otros. Aquí sobrevienen las últimas decisiones, y la tragedia acaba, pues toda gran cultura es una tragedia. La creación se subleva contra el creador. El señor del mundo, el hombre, se torna esclavo de la máquina. Un mundo artificial atraviesa y envenena al mundo natural. La civilización se ha convertido ella misma en una máquina. Pero la máquina de la civilización comienza a descomponerse: anula su fin por su número y su refinamiento. El automóvil en Nueva York ha anulado, por su número, el efecto que se quería conseguir: se camina más ligero a pie. De ahí que hoy el pensamiento fáustico comienza a hartarse de la técnica; se siente el atractivo de formas vitales más sencillas, más próximas a la naturaleza. Comienza la fuga de los directores nativos ante la máquina. Dentro de poco sólo habrá disponibles talentos de segundo orden».

Efecto ineludible de todo esto es, según Spengler, que el centro de gravedad de la producción se desplaza; hay falta de trabajo; comienza la catástrofe. La técnica maquinista acabará con el hombre fáustico; «llegará un día en que se derrumbe, y se olvidarán los ferrocarriles y los barcos de vapor, como antaño las vías romanas y la muralla china, y nuestras ciudades gigantescas con sus rascacielos, lo mismo que los palacios de Memphis y de Babilonia. Así sólo hay una concepción universal digna de nosotros, que es la de Aquiles, cuando dice que mejor es una vida breve, llena de hazañas y de gloria, que una vida larga sin contenido».

Grande es el homenaje que Spengler rinde en casi toda la extensión de su obra a la técnica y a sus progresos, pero despiadado y desconsolador es el ataque que en el fondo le hace.